

Reunión de padres o un secreto develado

Por MANUEL MARRERO

Foto: BALLATE

Tengo una hija que este curso comenzó sus estudios preuniversitarios. Muy pronto fui citado por la escuela para la primera reunión de padres.

Llegué temprano y a punto estuve de llevarme una mala impresión del lugar –espacioso, oscuro y casi en ruinas– de no ser por el saludo que a mi paso todos los maestros y demás trabajadores contestaban, con una sonrisa en los labios, de “buenas tardes”. ¡Que maravilla!

La reunión fue bien preparada. La profesora guía se presentó y nos explicó, en breve tiempo, las características de la escuela y el reglamento que, desde el año pasado, se había adoptado, las materias que estudiarán nuestros hijos este curso, la dosificación del programa de estudio, el sistema evaluativo, los problemas de asistencia y puntualidad, y otros detalles importantes que en la marcha los padres fuimos preguntando y que ella solícitamente respondió.

El problema comenzó cuando la profesora guía explicó a los padres acerca de la primera evaluación realizada, la preparación que se les dio a los alumnos y los malos resultados, aún así, obtenidos en la prueba.

La profesora reveló su sorpresa y preocupación respecto al nivel de aprendizaje con que estos alumnos han llegado hasta aquí, y que incluso ya podemos hablar de que “no sólo tienen problemas con los productos, cosa que hasta ahora venía sucediendo habitualmente, sino que incluso tienen serios problemas con la suma y la resta, y con muchas cuestiones más del aprendizaje”.

A mí, en lo particular –y a la mayor parte de los padres que asistimos a la reunión– nos pareció muy atinada la observación de la profesora guía que se preocupaba por la situación de sus muchachos y solicitaba ayuda de nosotros.

Algunos padres hablaron en voz alta y otros en voz baja, entre sí. La profesora añadió: “yo creo que esto no es un secreto para nadie y tene-

“... estas cosas aún son un secreto, un secreto a voces que todos estamos sufriendo en nuestros hijos y en nuestras familias, y que será un secreto hasta tanto no se pueda debatir en público y buscar una solución al problema”.

mos que buscar la manera de solucionar el problema”.

Yo intervine y expresé mi criterio. Dije que agradecía la preocupación de ella por la situación de nuestros hijos y que sabía que esa era, además, la preocupación de todo el claustro porque en los pocos minutos que había estado allí –además de tener otras referencias– me había parecido que el colectivo de maestros, pese a todos los pesares, era responsable y preocupado, pero que no me sorprendía el problema cuando, cada vez, escucho a más y más padres por la calle, y en cualquier lugar de la ciudad, hablando de que sus hijos están perdiendo miserablemente el tiempo en sus escuelas.

Una madre que estaba cerca tomó rápidamente la palabra para decir, a lo cubano, que “en épocas de nosotros no era así”. Un par de padres más dijeron que estas cosas no son sorpresa para nadie, y el resto cuchicheó entre sí.

Yo añadí que en lo único que no estaba de acuerdo con la profesora guía era respecto a eso de que “esto no es un secreto para nadie”, que yo sí creía que estas cosas –desgraciadamente para nuestros hijos y para la Cuba de los próximos años– aún son un secreto, un secreto a voces que todos estamos sufriendo en nuestros hijos y en nuestras familias y que será un secreto hasta tanto no se pueda debatir en público y buscar una solución al problema.

Un padre dijo que él se había cansado de hablar en la escuela de su hija cuando estaba en secundaria pero que nada había resuelto. A otro,

en voz baja, escuché decir que “en la secundaria su hijo lo único que veía en el televisor eran películas y novelas”.

Yo dije que hasta el día que no viéramos el tema tratado con objetividad en los medios de comunicación del país, tendríamos suficientes razones para seguir creyendo que este tema, aún es un secreto.

La pobre maestra no sabía qué decir ante la magnitud del “secreto develado” y el clímax que había alcanzado la reunión. Al fin acertó diciendo “que mientras tanto algo tenemos que hacer, que los maestros estamos conscientes del problema y queremos trabajar con los muchachos para ayudarlos, pero que los padres también tienen que ayudar”. Todos estuvimos muy de acuerdo.

La maestra guía amplió indicando “lo necesario que es para estos chicos aprender todo bien y que, aún cuando sabemos que todas las asignaturas son importantes, no podemos olvidar lo imprescindible que es, en este tipo de enseñanza, el estudio de la matemática y las asignaturas afines a ella”.

Yo pregunté: “maestra, se ha hecho alguna encuesta entre los alumnos para saber cuántos de ellos están realmente motivados a estar aquí”.

Un padre dijo rápidamente que su hija estaba ahí no porque le gustara lo que está estudiando, sino porque él conocía bien cómo eran las cosas y no mandaba a su hija para Jagüey; otra madre dijo que su hija era excelente estudiante, pero no había cogido buen escalafón porque no fue a la Escuela al Campo, otra que no mandaba a su hijo a estudiar lejos, y así casi todos fueron diciendo, a la maestra o al vecino, las causas que ya todos conocemos son parte del secreto.

La maestra confesó que ella en días pasados había tratado de motivar a los alumnos respecto a su posible profesión y que se había quedado pasmada al ver que casi ninguno conocía o le interesaba lo que estaba estudiando.

Otro papá dijo que “lo primero que hay que considerar es que los muchachos mismos sabían que estudiar hoy no les garantizaba su futuro

y que las cosas de los jóvenes de ahora en nada se parecen a las de nosotros cuando estudiábamos”.

La reunión de padres terminó, al decir de una madre, con el buen augurio de ser “la única en la cual no nos pidieron dinero y se dijeron bien las cosas”.

He pasado estos días, después de dicha reunión de padres, cuestionándome: ¿Qué está pasando en nuestras escuelas? ¿Cómo es posible que un pueblo que con gusto ayuda a otros a aprender a leer y a escribir, tenga ahora estos problemas? ¿Para qué sirvió el sacrificio de nuestros padres?

Para mí tampoco fue un secreto, en aquella reunión, descubrir los serios problemas que están teniendo nuestros hijos en el aprendizaje.

Creo que el problema se va agudizando año tras año acumulándose como se acumula el polvo en casa, cuando no acabamos de, entre todos, disponernos a sacudir los rincones.

Pobres de nuestros hijos y pobre de la Cuba de la próxima década.

No creo necesario buscar culpables a quienes sacudir el pescuezo con saña; lo necesario es “servir la mesa” y debatir sobre el asunto, públicamente, para que deje de ser un secreto.

Hoy, cuando leí un breve artículo de don José de la Luz y Caballero, educador cubano a quien tan poco conocemos, encontré entre sus aforismos éste que me ha parecido inspirado: “hombres necesitan los pueblos para tener instituciones”. Y dígame usted, maestro don José, ¿qué va a pasar con nuestros hombres?



“Hombres necesitan los pueblos para tener instituciones”. Y dígame usted, maestro, ¿qué va a pasar con nuestros hombres?